

# FUNDAMENTOS BÍBLICOS DEL LEMA «OCULTARME Y DESAPARECER» DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

José María Casciaro

## EL SILLAR OCULTO EN LOS CIMIENTOS

En la edición de *Camino* de 1939 San Josemaría Escrivá de Balaguer dejó escrito: «No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra. —Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por ti no se derrumbará la casa»<sup>1</sup>. ¿A quién destinaba San Josemaría estas palabras? Por la documentación que aporta P. Rodríguez en su edición crítico-histórica de *Camino*, se dirigía a él mismo y a quienes le seguían en los comienzos del Opus Dei<sup>2</sup>. Desde luego, la imagen del sillar oculto en los cimientos cuadraba bien con la conciencia que adquirió inmediatamente de su misión de poner en práctica cuanto Dios le manifestó el 2 de octubre de 1928 y que, al cabo de un cierto tiempo, se llamaría *Opus Dei*<sup>3</sup>.

Como un sillar en la base del edificio, inadvertido y firme, debería ser su papel, ya que «la Obra» no era «suya», sino de Dios. De ahí adoptó muy pronto el lema «ocultarme y desaparecer», propósito que penetró en su alma y se intensificó con fuerza y continuidad<sup>4</sup>.

1. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, Valencia, 1ª edic., 1939, n. 590. De ahora en adelante citaré por JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino, Edición crítico-histórica* preparada por P. RODRÍGUEZ (Ed. Rialp, Madrid 2002).

2. Cfr. *ibid.*, pp. 714-715; en estas páginas se aportan escritos diversos del Fundador de la Obra por los que se aprecia que la idea de ser cimiento, sillar, estaba muy presente en su mente y en su corazón.

3. En efecto, la idea de «sillar» se repite en el contexto de la ascética de las «cosas pequeñas»: cfr. *Camino*, nn. 756. 823.

4. De muchos modos se trasluce el propósito en sus escritos. Por ejemplo, al meditar en el primer «Misterio» del Santo Rosario, deja consignado: «Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino... —Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y, pasmado, contemplo la escena» (J. ES-

## «OCULTARME Y DESAPARECER»

Una anécdota. El 25-VI-1944 se celebraba la consagración sacerdotal de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei que procedían de sus fieles laicos. El Obispo consagrante era el de Madrid-Alcalá. La capilla episcopal estaba a rebosar de personas, menos el Fundador de la Obra. Ana Sastre, comenta en su biografía de San Josemaría: «Teme que le desborde la emoción y, además, hay una razón más profunda que justifica su ausencia: será una jornada llena de alegrías y enhorabuenas. No quiere estar presente para recibirlas. La Obra es de Dios y sus hitos le pertenecen por entero»<sup>5</sup>.

Otra anécdota. Esta vez la cuenta Pilar Urbano: «Monseñor Escrivá está en Madrid en abril de 1970 y se aloja en la casa de Diego de León. Una mañana entra en el comedor para acompañar a sus hijos durante el desayuno. Se fija entonces en algunos detalles de la decoración de esa estancia (...). Después repara en que han colocado unas pequeñas peanas de madera dorada bajo un juego de reloj y candelabros de guarnición, que están sobre la chimenea (...).

—Os ha quedado muy bien. Así lucen más. En la vida civil, también los hombres necesitan cierto pedestal, para que se vean mejor sus valores. En cambio, lo mío ha sido siempre ocultarme y desaparecer... “Conviene que Él crezca y yo mengüe”. ¡Y aún así...!»<sup>6</sup>.

Cuatro líneas después escribe la misma autora: «Hay una carta suya, en los primeros años treinta, en la que declara al Vicario general de la diócesis de Madrid: “Cada vez veo más claro que lo mío es ocultarme y desaparecer”»<sup>7</sup>. Y, a continuación, añade P. Urbano: «Más de cuarenta años después lo expresará con idénticas palabras, en las vísperas del 28 de marzo de 1975, fecha de sus bodas de oro sacerdotales: “Deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca” (...). Cada año el Opus Dei da a la Iglesia una leva nueva de sacerdotes, seleccionados y preparados de entre las filas de los profesionales seculares

CRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, «La Anunciación», cito por la 29ª edic. castellana [Ed. Rialp, Madrid 1986]). Hay que tener en cuenta que *Santo Rosario* lo escribió en 1931: luego el lema tomó cuerpo muy pronto en la vida interior de San Josemaría.

5. A. SASTRE, *Tiempo de Caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer* (Ed. Rialp, Madrid 1991), 292.

6. P. URBANO, *El hombre de Villa Tevere* (Plaza & Janés, Barcelona 1995), 345-346.

7. *Ibid.*, 346.

de distintos países. Pero Escrivá, habitualmente, no asiste a las ceremonias de esas ordenaciones. Se queda en casa, rezando. Cuando le preguntan la causa de su ausencia, responde con convicción: “Lo mío es ocultarme y desaparecer”.

»No son sólo palabras. Es un deliberado estilo de vida (...). Lo que hace Escrivá —durante cuarenta años de encierro en Roma— es hurtarse al relumbrón social, para trabajar con más eficacia»<sup>8</sup>.

San Josemaría Escrivá tuvo siempre una apertura de espíritu para aprender todo lo bueno que encontraba en las demás criaturas humanas con las que hubo de relacionarse de una manera u otra. Así, el lema «ocultarme y desaparecer», tan arraigado durante su vida, pudo encontrarlo durante la atención espiritual que, como capellán entonces del Patronato de Enfermos, prestó a Mercedes Reyna, Dama Apostólica del Sagrado Corazón<sup>9</sup>, que murió en olor de santidad el 23-I-1929. Don Josemaría quedó muy impresionado por la eximia santidad de aquella alma<sup>10</sup>. Por encargo de la Congregación de las Damas, él preparó la estampa para la devoción privada de Mercedes Reyna, e incluyó en la noticia bibliográfica algunos breves textos de Mercedes. Uno de ellos es muy relevante para apreciar el influjo que tuvo aquella santa Dama Apostólica en la adopción por San Josemaría del lema a que nos venimos refiriendo. Dice así el párrafo: «Quiero examinar mis actos y limpiarlos de amor propio, de propia complacencia y procurar rodearlos de silencio, para que no pueda recaer sobre mí ni la más pequeña partecita de una gloria que pertenece sólo a Dios; vivir una vida recogida, callada, ingeniándome en *ocultarme y desaparecer*»<sup>11</sup>.

La finura espiritual de Mercedes Reyna encontró el alma de San Josemaría muy bien dispuesta, y le dejó una impronta que no sólo no se borró nunca, sino que fue desarrollada en la vida del Fundador del Opus Dei, con la ayuda de gracias divinas, que le fueron concedidas, quizá de manera específica, de 1929 a 1931<sup>12</sup> y con la meditación de los misterios de la Infancia del Señor y de su vida oculta en Nazaret.

8. *Ibid.*

9. Congregación fundada por Luz Rodríguez-Casanova.

10. Una nota biográfica sobre Mercedes Reyna O’Farril se encuentra en la edición crítico-histórica de *Camino* preparada por P. Rodríguez, cit., p. 348, nota 30.

11. Cfr. la mencionada edición crítico-histórica de *Camino*, p. 915, nota 9. Cfr. también *ibid.*, pp. 558-559, anotaciones al n. 402 de *Camino*.

12. Puede verse un esbozo del proceso espiritual del joven sacerdote Escrivá en esos años en la citada edición crítico-histórica de *Camino*, pp. 914-915 y notas incluidas en ellas.

## HUIR DEL ESPECTÁCULO

La actitud de «ocultarse y desaparecer» llegó a ser como conatural en San Josemaría. La siguió toda su vida y, obviamente, puesto que con frecuencia tenía que predicar en público, esta circunstancia le producía tensión de espíritu, una especie de lucha interior, que se ve reflejada en un punto de *Camino*: «De acuerdo: mejor labor haces con esa conversación familiar o con aquella confidencia aislada que perorando —¡espectáculo, espectáculo!— en sitio público ante millares de personas. —Sin embargo, cuando hay que perorar, perora»<sup>13</sup>. En primer lugar, son reflexiones que se hace a sí mismo y las pone por escrito por si son útiles a otros. Pero para San Josemaría sigue siendo mejor «ocultarse y desaparecer»: «El mundo admira solamente el sacrificio con espectáculo, porque ignora el valor del sacrificio escondido y silencioso»<sup>14</sup>. E insiste en el valor del sacrificio oculto al contemplar algunos misterios más importantes de la historia de la Revelación y de la Redención divina de la humanidad: «¿Veis con qué sencillez? —“Ecce ancilla!...” —Y el Verbo se hizo carne. —Así obraron los santos: sin espectáculo. Si lo hubo, fue a pesar de ellos»<sup>15</sup>.

Una y otra vez vuelve a traslucirse la preocupación por huir del espectáculo, por «ocultarme y desaparecer»: «¡Siempre el espectáculo! —Me pides fotografías, gráficos, estadísticas. —No te envío ese material, porque —me parece muy respetable la opinión contraria— creería luego que hacía una labor con vistas a encaramarme en la tierra..., y donde quiero encaramarme es en el cielo»<sup>16</sup>.

El deseo de apartar cualquier circunstancia que pueda constituir un relumbrón asoma por todos sus escritos: «Aun en las jornadas en las que parece que se pierde el tiempo, a través de la prosa de los

13. *Camino*, n. 846

14. *Ibid.*, n. 185. A veces, el sufrimiento sin espectáculo es calificado de «sacrificio escondido y silencioso». Esta fórmula es también original de San Josemaría Escrivá. Aparece, por ejemplo en *Es Cristo que pasa*, n. 172: «A aquella mujer del pueblo, que un día prorrumpió en alabanzas a Jesús exclamando: *bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron*, el Señor responde: *bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*. Era el elogio de su Madre, de su *fiat*, del *hágase* sincero, entregado, cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, cito por la 34ª edic. castellana [Ed. Rialp, Madrid 1997]).

15. *Camino*, n. 510.

16. *Ibid.*, n. 649.

mil pequeños detalles, diarios, hay poesía más que bastante para sentirse en la Cruz: en una Cruz sin espectáculo»<sup>17</sup>. Y en otro punto, muy expresivo: «Reafirma en tu alma el antiguo propósito de aquel amigo: Señor, quiero el sufrimiento, no el espectáculo»<sup>18</sup>. La expresión «aquel amigo» es una manera velada de referirse a él mismo. El «propósito» es calificado de «antiguo», con toda objetividad, como se puede observar por los episodios a los que hemos aludido. Y todavía insiste en la idea: «No es espíritu de penitencia hacer unos días grandes mortificaciones, y abandonarlas otros. —Espíritu de penitencia significa saberse vencer todos los días, ofreciendo cosas —grandes y pequeñas— por amor y sin espectáculo»<sup>19</sup>.

#### VIVIR SIN GLORIA HUMANA

Otra manera de abordar la misma disposición es el proyecto de vivir sin gloria humana. La expresión «gloria humana» aparece varias veces en los escritos del Fundador del Opus Dei. Para nuestro propósito será suficiente traer a colación unas pocas citas, en las cuales se percibe bien el fundamento de su plan ascético<sup>20</sup>. Por ejemplo: «Aprendamos de Jesús. Su actitud, al oponerse a toda gloria humana, está en perfecta correlación con la grandeza de una misión única: la del Hijo amadísimo de Dios, que se encarna para salvar a los hombres»<sup>21</sup>.

A la luz de esta doctrina y práctica de vida, poco importan para San Josemaría los fracasos humanos, y así lo recomienda a quienes quieran seguir sus consejos: «No nos extrañe que seamos derrotados con relativa frecuencia (...). Si hay amor de Dios, si hay humildad, si hay perseverancia y tenacidad en nuestra milicia, esas derrotas no adquirirán demasiada importancia (...). No existen los fracasos, si

17. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, n. 522; cito por la 9ª edic. castellana (Ed. Rialp, Madrid 1996).

18. *Ibid.*, n. 765.

19. *Ibid.*, n. 784. Y permítaseme aducir una nueva cita de *Camino*: «¡Huye del espectáculo!: que tu vida la conozca Dios, porque la santidad pasa inadvertida, aunque llena de eficacia» (*ibid.*, n. 941).

20. Una referencia a este respecto puede ser la siguiente: «Aprendamos de esta actitud de Jesús. En su vida en la tierra, no ha querido ni siquiera la gloria que le pertenecía, porque teniendo derecho a ser tratado como Dios, ha asumido la forma de siervo, de esclavo (cfr. *Flp* 2, 6-7). El cristiano sabe así que es para Dios toda la gloria; y que no puede utilizar como instrumento de intereses y de ambiciones humanas la sublimidad y la grandeza del Evangelio» (*Es Cristo que pasa*, n. 62). Cfr. *Camino*, nn. 780-788.

21. *Es Cristo que pasa*, n. 62. Cfr. *ibid.*, n. 286.

se obra con rectitud de intención y queriendo cumplir la voluntad de Dios, contando siempre con su gracia y con nuestra nada»<sup>22</sup>.

## EL NOMBRE «OPUS DEI»

En el principio, ni siquiera quería D. Josemaría Escrivá que la misma Obra, que le fue mostrada por divina inspiración el 28 de octubre de 1928, llevara nombre, para que así pasara completamente en oculto, según su lema. De este modo, dejó consignado en sus *Apuntes íntimos*<sup>23</sup>: «Yo no puse a la Obra ningún nombre. Hubiera deseado, de ser posible —no lo era—, que no hubiera tenido nombre, ni personalidad jurídica (...). Mientras, llamábamos a nuestra labor sencillamente así: “La Obra”»<sup>24</sup>.

En una anotación de *Apuntes* relata San Josemaría: «Pero volvamos al nombre de nuestra Obra. Un día fui a charlar con el P. Sánchez<sup>25</sup> en un locutorio de la residencia de la Flor. Le hablé de mis cosas personales (sólo le hablaba de la Obra en cuanto tenía relación con mi alma), y el buen padre Sánchez al final me preguntó: “¿cómo va esa

22. *Ibid.*, n. 76. «Aquello fue un fracaso, un desastre: porque perdiste nuestro espíritu. —Ya sabes que, con miras sobrenaturales, el final (¿victoria?, ¿derrota?, ¡bah!) sólo tiene un nombre: éxito» (*Camino*, n. 406).

Explicando la liturgia de la Santa Misa escribe en otra homilía, en la solemnidad del Jueves Santo de 1960: «El *Confiteor* nos pone por delante nuestra indignidad; no el recuerdo abstracto de la culpa, sino la presencia, tan concreta, de nuestros pecados y de nuestras faltas. Por eso repetimos: *Kyrie eleison, Christe eleison*, Señor, ten piedad de nosotros; Cristo, ten piedad de nosotros. Si el perdón que necesitamos estuviera en relación con nuestros méritos, en este momento brotaría en el alma una tristeza amarga. Pero, por bondad divina, el perdón nos viene de la misericordia de Dios, al que ya ensalzamos —¡Gloria!—, porque Tú solo eres santo, Tú solo Señor, Tú solo altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre» (*Es Cristo que pasa*, n. 88).

23. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Apuntes íntimos* (no publicados aún), cito por las referencias literales que de ellos reporta Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I (Ed. Rialp, Madrid 1997), *passim*.

24. Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *op. cit.*, p. 331. A este respecto comenta Vázquez de Prada: «Esta expresión genérica satisfacía la humildad del Fundador, que esperaba que el Señor, a su debido tiempo, le daría nombre apropiado. En cualquier caso, su idea acerca del nombre era que tenía que responder a dos características particulares. En primer lugar, que no hiciera referencia alguna a su persona, que no fuese vinculado al “Escrivá”. Y, luego, que no admitiese apelativos derivados para sus miembros, que eran y deberían ser siempre cristianos corrientes. La solución, pues, sería hallar un nombre abstracto».

25. Se refiere al P. Valentín Sánchez Ruiz S.J., en aquel momento su director espiritual.

Obra de Dios?”. Ya en la calle, comencé a pensar: “Obra de Dios. ¡Opus Dei! Opus, operatio..., trabajo de Dios. ¡Éste es el nombre que buscaba! Y en lo sucesivo se llamó siempre Opus Dei”»<sup>26</sup>. Sin embargo, este nombre lo venía empleando el joven sacerdote Escrivá desde bastante antes y lo había puesto por escrito en varios papeles, pero sin ánimo de que fuera el nombre de la empresa apostólica que Dios le encomendaba, porque, a los principios, le parecía una expresión presuntuosa<sup>27</sup>. El P. Sánchez lo había leído, sin duda, en unas cuartillas que San Josemaría le había entregado semanas antes<sup>28</sup>. Y fue después de la entrevista con el P. Sánchez cuando el Fundador del Opus Dei entendió que la expresión no era un atrevimiento por su parte, sino que indicaba con precisión la Voluntad de Dios, de la cual él no era sino un instrumento del que se quería valer el Señor para llevarla a la práctica<sup>29</sup>.

#### «UN FUNDADOR SIN FUNDAMENTO»

Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, recuerda: «Durante los primeros años de la vida del Opus Dei, y prácticamente hasta que se recibieron las aprobaciones pontificias, no utilizó jamás, refiriéndose a su persona, la palabra Fundador: tan lejos estaba de considerarse promotor de una institución suya. Solamente transigió cuando desde la Santa Sede empezaron a dirigirse a él empleando ese término. Muchas veces, bromeaba: *soy un fundador sin fundamento*. También percibíamos el concepto que tenía de sí mismo cuando, con seriedad, nos confiaba: *¡yo no he fundado nada, nada: la Obra es de Él!; ¡lo único que he hecho ha sido estorbar!*<sup>30</sup>.

#### HUMILDAD Y RESPONSABILIDAD DE CUMPLIR LA PROPIA MISIÓN

La delicadeza de conciencia de San Josemaría para dar cumplimiento a la voluntad divina le hizo ver con claridad que sería una de-

26. Cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *op. cit.*, p. 333.

27. *Ibid.*, p. 334.

28. Cfr. *ibid.*, p. 332 y nota 21 de la misma; cfr. también *ibid.*, p. 333.

29. Sobre la adopción del nombre «Opus Dei» ha escrito con más detalle y documentación A. VÁZQUEZ DE PRADA, *op. cit.*, pp. 330-335; cfr. también las referencias que aporta en esas páginas.

30. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá* (Ed. Rialp, Madrid 2000), 301.

jación de deberes, de la que tendría que dar cuenta a Dios, no aceptar, o no llevar a la práctica, las exigencias, obligaciones y gracias fundacionales que había recibido por soberana voluntad divina, sin que él las hubiera deseado, y ni siquiera imaginado. En *Camino* dejó escrito: «Esa falsa humildad es comodidad: así, tan humildico, vas haciendo dejación de derechos... que son deberes»<sup>31</sup>.

Peter Berglar apunta la difícil cuestión de conjugar la humildad con la responsabilidad de cumplir los deberes del cargo y hacerlos cumplir a los subordinados y escribe: «En este camino de humildad y secularidad hay trampas y escollos (...). Está claro que no se trataba de encontrar una “alternativa” para la humildad, sino (y es aquí donde se daban y se dan las dificultades) de vivir concreta y ejemplarmente la virtud de la humildad de acuerdo con la secularidad. Josemaría Escrivá de Balaguer, con su humildad, que iba unida a su fidelidad, a su obediencia a su misión y a su prudencia, rechazó todas las ofertas —atrayentes muchas de ellas— que le habrían ayudado a hacer una brillante carrera eclesiástica, pero que le habrían dificultado o imposibilitado que siguiera *su* camino. Por lo tanto era lógico (...) que en 1928 rechazara el ser nombrado “Capellán honorario de Palacio”, algo que, por entonces, era el sueño dorado de muchos clérigos, o que en los años treinta no aceptara el ser nombrado canónigo de la Catedral de Cuenca, ni el cargo de Director espiritual de la “Casa del Consiliario” de la Acción Católica. La contestación que dio a don Ángel Herrera<sup>32</sup>, cuando se lo propuso, es muy significativa: “No, no. Agradecido, pero no acepto; porque debo seguir... el camino por el que Dios me llama. Además, no acepto por eso mismo que usted me dice: porque en esa Casa se reunirán los mejores sacerdotes de España. Y es evidente que yo no valgo para dirigirles...”»<sup>33</sup>.

Pero en la administración, interpretación y puesta en práctica de las gracias fundacionales de la Obra asumió siempre la personal

31. *Camino*, n. 603. Cfr. también: «No confundamos los derechos del cargo con los de la persona. —Aquéllos no pueden ser renunciados» (*Camino*, n. 407).

32. Ángel Herrera Oria, nació en 1886. En 1908 fue nombrado Presidente de la Acción Católica Nacional de Propagandistas (ACN de P), promovida por el P. Ángel Ayala S.J. En 1911 ocupó la dirección del diario «El Debate». En 1931 fundó el partido político «Acción Nacional» (luego «Acción Popular»). En 1933 cesó en la dirección de «El Debate» para presidir la Junta Central de la Acción Católica Española. En 1940 fue ordenado sacerdote, y en 1947 obispo. Creado Cardenal en 1965, falleció en 1968.

33. P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer* (Ed. Rialp, Madrid 1990), 257-258.



responsabilidad, sin descargar en otros la obligación. En este aspecto, una vez asumida la misión que Dios le encomendaba, tras el 2-X-1928, San Josemaría mostró firmeza y reciedumbre constantes. A este respecto consigna Mons. J. Echevarría: «Nunca me ha extrañado la naturalidad llena de sentido sobrenatural con que nos estimulaba a la fidelidad al espíritu del Opus Dei, aclarándonos que el Señor, la Iglesia y los miembros de la Obra, ahora y en los siglos futuros, nos pedirían cuenta de cómo aprovechamos el tiempo transcurrido a su lado bebiendo *el agua de la fuente*. Y no me extrañaba esa naturalidad, porque en multitud de ocasiones añadía: *yo no soy nada, hijos míos; soy un saco de miserias, pero el Señor se ha fijado en este pobre instrumento para comenzar el Opus Dei, y os pedirán cuentas, os mirarán, porque habéis vivido con este pobre hombre que ha sido el Fundador del Opus Dei*.

»Consciente de su responsabilidad, Mons. Escrivá de Balaguer supo explicar con claridad y con firmeza cuanto se refería al Opus Dei, dispuesto a defender el carisma aun a costa de su propia vida, de su fama, y de todas las posibles contradicciones. Cuando era necesario determinar el camino adecuado a la figura o al espíritu de la Obra, disponía de la debida solución, y explicaba claramente: *en esto no puedo delegar, soy el Fundador, y sé lo que el Señor me ha pedido. Si delegara y abandonara mi responsabilidad, me jugaría el alma y el Señor me pediría cuenta muy estrecha, porque el Opus Dei no es mío, es enteramente de Él*»<sup>34</sup>.

#### LA FUNDAMENTACIÓN BÍBLICA DEL LEMA «OCULTARME Y DESAPARECER»

El fundamento bíblico de este lema lo vio San Josemaría principalmente en la contemplación de la Vida de Jesús, especialmente en sus años de «vida oculta» en Nazaret. Para convencernos de ello bastaría leer entera su homilía *El triunfo de Cristo en la humildad*<sup>35</sup>. Pero las referencias, hondamente meditadas, a la humildad de Cristo en su vida oculta son casi innumerables en la predicación y en los escritos de San Josemaría, de modo que se requeriría un grueso volumen para hacer un ligera recensión de ellas. Bástenos referirnos de modo global a algunos pocos escritos publicados, como la medita-

34. J. ECHEVARRÍA, *op. cit.*, p. 303.

35. Pronunciada el 24-XII-1963 y publicada en *Es Cristo que pasa*, nn. 12-21.

ción sobre las tentaciones de Cristo en el desierto, en la homilía *La conversión de los hijos de Dios*<sup>36</sup>; los comienzos de las homilías sobre la *Epifanía del Señor*<sup>37</sup> y sobre *El Corazón de Cristo, paz de los cristianos*<sup>38</sup>; y muchos puntos de la homilía sobre la *Humildad*<sup>39</sup> y de la homilía sobre el *Desprendimiento*<sup>40</sup>.

El aprendizaje que San Josemaría extraía de la vida de Jesús parte de la contemplación de los mismos acontecimientos que narran los Evangelios, fuesen aparentemente grandes o pequeños: «Nuestro Señor se encarnó, para manifestarnos la voluntad del Padre. Y he aquí que, ya en la cuna, nos instruye. Jesucristo nos busca —con una vocación, que es vocación a la santidad— para consumir, con Él, la Redención. Considerad su primera enseñanza: hemos de corredimir no persiguiendo el triunfo sobre nuestros prójimos, sino sobre nosotros mismos. Como Cristo, necesitamos anonadarnos, sentirnos servidores de los demás, para llevarlos a Dios»<sup>41</sup>.

Uno de los primeros párrafos de la homilía del 24-XII-1963 es realmente programático de su manera de meditar la vida oculta del Señor y penetrar en los textos evangélicos. Es largo, pero muy expresivo de cómo leía San Josemaría Escrivá el Evangelio y de cómo captaba el sentido divino del andar terreno de Jesús: «He procurado siempre, al hablar delante del Belén, mirar a Cristo Señor nuestro de esta manera, envuelto en pañales, sobre la paja de un pesebre. Y cuando todavía es Niño y no dice nada, verlo como Doctor, como Maestro. Necesito considerarle de este modo: porque debo aprender de Él. Y para aprender de Él, hay que tratar de conocer su vida: leer el Santo Evangelio, meditar aquellas escenas que el Nuevo Testamento nos relata, con el fin de penetrar en el sentido divino del andar terreno de Jesús.

»Porque hemos de reproducir, en la nuestra, la vida de Cristo, conociendo a Cristo: a fuerza de leer la Sagrada Escritura y de meditarla, a fuerza de hacer oración (...). Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que haya-

36. *Es Cristo que pasa*, nn. 61-63.

37. *Ibid.*, n. 31.

38. *Ibid.*, n. 162.

39. Publicada en *Amigos de Dios*, cito por la 23ª edic. castellana (Ed. Rialp, Madrid 1997), ver especialmente los nn. 97, 102 y 103.

40. En *Amigos de Dios*, ver especialmente nn. 111 y 112.

41. *Ibid.*, n. 31.

mos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres (...). Porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo»<sup>42</sup>.

Jesús esconde su divinidad por amor a la criatura humana: «¿No te has preguntado alguna vez, movido por una curiosidad santa, de qué modo llevó a término Jesucristo este derroche de amor? De nuevo se ocupa San Pablo de respondernos: *teniendo la naturaleza de Dios, (...) no obstante, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre*<sup>43</sup>. Hijos, pasmaos agradecidos ante este misterio, y aprended: todo el poder, toda la majestad, toda la hermosura, toda la armonía infinita de Dios, sus grandes e inconmensurables riquezas, ¡todo un Dios!, quedó escondido en la Humanidad de Cristo para servirnos. El Omnipotente se presenta decidido a oscurecer por un tiempo su gloria, para facilitar el encuentro redentor con sus criaturas»<sup>44</sup>.

Es la contemplación de la vida de Cristo, el misterio global de su Encarnación, el que mueve al Fundador de la Obra a ocultarse y desaparecer<sup>45</sup>. Vuelve su vista a la entera vida terrena del Salvador y a su enseñanza, que no es sino una muestra de lo que es su conducta humana, expresión de algo más profundo todavía, los «sentimientos» divinos —si así podemos hablar—, que se manifiestan en su alma humana por el misterio inefable de la «unión hipostática» de su naturaleza divina con la humana: «Jesucristo, Señor Nuestro, con mucha frecuencia nos propone en su predicación el ejemplo de su humildad: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29)*»<sup>46</sup>.

También, al comentar las tentaciones de Jesús en el desierto, se para a meditar: «En la segunda tentación, cuando el diablo le propone que se arroje desde lo alto del Templo, rechaza Jesús de nuevo ese

42. *Ibid.*, n. 14.

43. *Flp 2*, 6-7.

44. *Amigos de Dios*, n. 111.

45. «Cuando San Pablo evoca este misterio, prorrumpe también en un himno gozoso, que hoy podemos saborear detenidamente: *porque habéis de abrigar en vuestros corazones los mismos sentimientos que Jesucristo en el suyo (...) (Flp 2, 5-8)*» (*Amigos de Dios*, n. 97).

46. *Ibid.*

querer servirse de su poder divino. Cristo no busca la vanagloria, el aparato, la comedia humana que intenta utilizar a Dios como telón de fondo de la propia excelencia. Jesucristo quiere cumplir la voluntad del Padre sin adelantar los tiempos ni anticipar la hora de los milagros, sino recorriendo paso a paso el duro sendero de los hombres, el amable camino de la Cruz»<sup>47</sup>.

San Josemaría vivió siempre una entrega sin límites para cumplir la voluntad de Dios. Tal actitud comienza por el cumplimiento de los mandamientos y de las enseñanzas del Señor. Así, por ejemplo, predicaba en una homilía, fijándose en las palabras de Jesús que reporta *Mt 6, 16-18*: «Me interesa que descubráis en toda su hondura esta sencillez del Maestro, que no hace alarde de su vida penitente, porque eso mismo te pide Él a ti: *cuando ayunéis no os pongáis caritristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Tú, al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza, y lava tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre, que está presente en todo, aun en lo que hay de más secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te dará por ello el galardón*»<sup>48</sup>.

## LA VIDA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

También aprende el Fundador del Opus Dei la actitud de pasar oculto en la vida de Santa María. Es muy significativo a este respecto un punto de *Camino*: «¡María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso! —Vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo: sabe y calla»<sup>49</sup>.

En una homilía explicará con más detenimiento: «Maestra de esperanza. María proclama que la *llamarán bienaventurada todas las generaciones*<sup>50</sup>. Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella, para los hombres y mujeres de entonces? Las grandes heroínas del Viejo Testamento —Judit, Ester, Débora— consiguieron ya en la tierra una gloria humana, fueron aclamadas por el pueblo, ensalzadas. El trono de María, como el de su hijo, es la

47. *Es Cristo que pasa*, n. 61.

48. *Amigos de Dios*, n. 136.

49. *Camino*, n. 509.

50. *Lc 1*, 48.

Cruz. Y durante el resto de su existencia, hasta que subió en cuerpo y alma a los Cielos, es su callada presencia lo que nos impresiona»<sup>51</sup>.

En *Camino* había escrito: «María Santísima, Madre de Dios, pasa inadvertida, como una más entre las mujeres de su pueblo.

—Aprende de Ella a vivir con “naturalidad”»<sup>52</sup>.

Y todavía medita el Fundador del Opus Dei sobre el pasar oculta de Santa María en otro punto más de *Camino*: «¡Qué humildad, la de mi Madre Santa María! —No la veréis entre las palmas de Jerusalén, ni —fuera de las primicias de Caná— a la hora de los grandes milagros. —Pero no huye del desprecio del Gólgota: allí está, “juxta crucem Jesu” —junto a la cruz de Jesús, su Madre»<sup>53</sup>.

#### EL EJEMPLO DE SAN JUAN BAUTISTA

El pasaje del Evangelio de San Juan 3, 30, «es necesario que él [Jesús] crezca y que yo disminuya» es una referencia frecuente en la predicación de San Josemaría. Aparece, por ejemplo, en la homilía sobre *La conversión de los hijos de Dios*; reflexionando sobre su propia vida, enseñaba: «Hace falta, sin duda, una nueva mudanza, una lealtad más plena, una humildad más profunda, de modo que, disminuyendo nuestro egoísmo, crezca Cristo en nosotros, ya que *illum oportet crescere, me autem minui*, hace falta que Él crezca y que yo disminuya»<sup>54</sup>.

#### LAS CARTAS DE SAN PABLO

Nos hemos referido ya a las citas del himno de *Flp 2, 5-8*, que aparecen varias veces en los escritos del Fundador de la Obra. Por ser un texto que resume, breve y profundamente, la entera vida de Cristo<sup>55</sup>, San Josemaría lo tenía muy presente en su corazón. Otra frase del Apóstol que meditaba y saboreaba con frecuencia, es: «vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (*Col 3, 4*). Dirigida originariamente a los fieles de Colosas, está siempre vigente para los cristianos. No re-

51. *Amigos de Dios*, n. 286.

52. *Camino*, n. 499.

53. *Ibid.*, n. 507.

54. *Es Cristo que pasa*, n. 58.

55. Cfr. G. ARANDA, *La historia de Cristo en la tierra, según Fil 2, 6-11*, «Scripta Theologica» 14 (1982) 219-236.

presenta una huida o desprecio del mundo, sino que —está muy claro para San Josemaría— implica cumplir con todo empeño los deberes de cada uno, pero sin absolutizarlos, valorándolos en lo que tienen de medio, no convirtiéndolos en fin, sino puesta siempre la mirada en el destino sobrenatural de la existencia humana: «Un cristiano sincero, coherente con su fe, no actúa más que cara a Dios, con visión sobrenatural; trabaja en este mundo, al que ama apasionadamente, metido en los afanes de la tierra, con la mirada en el Cielo. Nos lo confirma San Pablo: *quae sursum sunt quaerite; buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas del Cielo, no las de la tierra. Porque muertos estáis ya* —a lo que es mundano, por el Bautismo—, *y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*»<sup>56</sup>.

#### LA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

El empeño del Fundador del Opus Dei por imitar la vida oculta de Jesús, más allá de un propósito general cristiano de la «imitatio Christi», era fruto en él de un carisma especial. El Beato Josemaría ve en la filiación divina el fundamento de la vida cristiana, y más específicamente, el fundamento de la vida espiritual de los fieles del Opus Dei<sup>57</sup>. La vivencia, profundamente contemplada de esta realidad sobrenatural, le llevaba a la compenetración con Jesús, a su configuración con Él, a hacerse una sola cosa con Cristo, a *ser alter Christus, otro Cristo*, incluso, en una fórmula que expresó algunas veces no sin cierto temor a que no fuese correctamente interpretada, a *ser ipse Christus, el mismo Cristo*. Pero el Santo Escrivá de Balaguer, conocedor profundo de la ciencia teológica, sabía bien el alcance de la teología sacramental del Bautismo, enraizada en la revelación del Nuevo Testamento y en la enseñanza de los Padres y de los Doctores de la Iglesia: por el Bautismo nos configuramos con Jesucristo, y cada una de las Personas de la Santísima Trinidad viene a inhabitar en el alma del cristiano<sup>58</sup>.

«¡Qué transparente resulta la enseñanza de Cristo! (...). Abramos el Nuevo Testamento, en esta ocasión por el capítulo XI de San

56. *Amigos de Dios*, n. 206.

57. Cfr. F. OCÁRIZ-I. DE CELAYA, *Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el Beato Josemaría Escrivá* (EUNSA, Pamplona 1993).

58. A alguien la expresión «hacerse ipse Christus» le pareció demasiado atrevida, casi se escandalizó, pero sin razón, no había entendido el alcance de la buena teología enraizada en el poder del sacramento del Bautismo cristiano, por el que nos configuramos con Jesucristo.

Mateo: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*<sup>59</sup>. ¿Te fijas? Hemos de aprender de Él, de Jesús, nuestro único modelo. Si quieres ir adelante previniendo tropiezos y extravíos, no tienes más que andar por donde Él anduvo, apoyar tus plantas sobre la impronta de sus pisadas, adentrarte en su Corazón humilde y paciente, beber del manantial de sus mandatos y afectos; en una palabra, has de identificarte con Jesucristo, has de procurar convertirte de verdad en otro Cristo entre tus hermanos los hombres»<sup>60</sup>.

Tal identificación con Cristo parte de un concepto teológico firme, como se refleja en dos puntos de *Camino*: «El Sacerdote —quien sea— es siempre otro Cristo»<sup>61</sup>. «No quiero —por sabido— dejar de recordarte otra vez que el Sacerdote es “otro Cristo”. —Y que el Espíritu Santo ha dicho: “nolite tangere Christos meos” —no queráis tocar a “mis Cristos”»<sup>62</sup>. En la homilía *Sacerdote para la eternidad*<sup>63</sup>, el Fundador de la Obra se expresa con claridad impresionante: «El sacerdocio lleva a servir a Dios en un estado que no es, en sí, ni mejor, ni peor que otros: es distinto. Pero la vocación de sacerdote aparece revestida de una dignidad y de una grandeza que nada en la tierra supera. Santa Catalina de Siena pone en boca de Jesucristo estas palabras: *no quiero que mengüe la reverencia que se debe profesar a los sacerdotes, porque la reverencia y el respeto que se les manifiesta, no se dirige a ellos, sino a Mí, en virtud de la Sangre que yo les he dado para que la administren. Si no fuera por esto, deberíais dedicarles la misma reverencia que a los seglares, y no más... No se les ha de ofender: ofendiéndolos, se me ofende a Mí, y no a ellos. Por eso lo he prohibido, y he dispuesto que no admito que sean tocados mis Cristos*<sup>64</sup>.

»Algunos se afanan por buscar, como dicen, la identidad del sacerdote. ¡Qué claras resultan esas palabras de la Santa de Siena! ¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental»<sup>65</sup>.

59. Mt 11, 29.

60. *Amigos de Dios*, n. 128.

61. *Camino*, n. 66.

62. *Ibid.*, n. 67. Cfr. Sal 105 (104) 15.

63. Publicada en el libro *Amar a la Iglesia* (Palabra, Madrid 1986), 61-80.

64. SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, cap. 116; cfr. Sal 105 (104) 15.

65. *Sacerdote para la eternidad*, en *Amar a la Iglesia*, op. cit., pp. 67-68.

A la luz de esta doctrina, vivida, sobre el sacerdocio, resulta «natural» la reacción que relata un testigo presencial de la anécdota siguiente, ocurrida en Lima (Perú) en 1974: «Nada más llegar el Padre a la sala, en donde estábamos reunidos más de cincuenta sacerdotes (...), pidió besar las manos de cada uno (...).

—Padre, son muchos.

—No importa.

Arrodillado fue besando, con unción, las manos de todos (...). Estábamos emocionados (...). Fue una lección que nunca olvidaré»<sup>66</sup>.

Pero la singular dignidad del sacerdote, que ha recibido por su identificación con Cristo Cabeza, no le da ningún título para dominar sobre sus hermanos. Así, en otro momento de la mencionada homilía afirma: «Se ordenarán, para servir. No para mandar, no para brillar, sino para entregarse, en un silencio incesante y divino, al servicio de todas las almas»<sup>67</sup>.

En otra ocasión, a unas preguntas de los periodistas Enrico Zuppi y Antonio Fugardi<sup>68</sup>, respondía: «Me parece que a los sacerdotes se nos pide la *humildad de aprender a no estar de moda*, de ser realmente siervos de los siervos de Dios —acordándonos de aquel grito del Bautista: *illum oportet crescere, me autem minui* (Jn 3, 30); conviene que Cristo crezca y que yo disminuya—, para que los cristianos corrientes, los laicos, hagan presente, en todos los ambientes de la sociedad, a Cristo (...). Quien piense que, para que la voz de Cristo se haga oír en el mundo de hoy, es necesario que el clero hable o se haga siempre presente, no ha entendido bien aún la dignidad de la vocación divina de todos y cada uno de los fieles cristianos»<sup>69</sup>.

Con palabras fuertes explica esta realidad misteriosa, sacramental, de la identidad del sacerdote: «Me escribes que te has llegado, por fin, al confesionario, y que has probado la humillación de tener que abrir la cloaca —así dices— de tu vida ante “un hombre”. —¿Cuándo arrancarás esa vana estimación que sientes de ti mismo? Entonces, irás

66. A. SASTRE, *op. cit.*, p. 299, que remite al testimonio del Rvdo. Miguel Guitard Crosas.

67. *Sacerdote para la eternidad*, en *Amar a la Iglesia*, *op. cit.*, p. 64.

68. Director y redactor respectivamente de «L'Osservatore della Domenica»; la entrevista fue publicada en este periódico el 19 de mayo de 1968.

69. Párrafo reproducido en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cito por la 15ª ed. (Ed. Rialp, Madrid 1986), n. 59.



a la confesión gozoso de mostrarte como eres, ante “ese hombre” ungido —otro Cristo, ¡el mismo Cristo!—, que te da la absolución, el perdón de Dios»<sup>70</sup>.

Y da las razones teológicas y de buen sentido: «Por eso el sacerdote debe ser exclusivamente un hombre de Dios, rechazando el pensamiento de querer brillar en los campos en los que los demás cristianos no necesitan de él. El sacerdote no es un psicólogo, ni un sociólogo, ni un antropólogo: es otro Cristo, Cristo mismo, para atender a las almas de sus hermanos. Sería triste que el sacerdote, basándose en una ciencia humana (...) se creyera facultado para pontificar»<sup>71</sup>.

Pero el Fundador del Opus Dei aplica a todos los cristianos la dignidad de su configuración con Cristo. Primero, invita a *ser otros Cristos*; después pasa a la fórmula más audaz, *el mismo Cristo*: «Quizá alguno de vosotros piense que me estoy refiriendo exclusivamente a un sector de personas selectas. No os engañéis tan fácilmente, movidos por la cobardía o por la comodidad. Sentid, en cambio, la urgencia divina de ser cada uno otro Cristo, *ipse Christus*, el mismo Cristo; en pocas palabras, la urgencia de que nuestra conducta discurra coherente con las normas de la fe, pues no es la nuestra —ésa que hemos de pretender— una santidad de segunda categoría, que no existe. Y el principal requisito que se nos pide —bien conforme a nuestra naturaleza—, consiste en amar: *la caridad es el vínculo de la perfección*<sup>72</sup>; caridad, que debemos practicar de acuerdo con los mandatos explícitos que el mismo Señor establece: *amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*<sup>73</sup>, sin reservarnos nada. En esto consiste la santidad»<sup>74</sup>.

En otra ocasión se expresa también con toda nitidez: «Ahora, delante de Jesús Niño, podemos continuar nuestro examen personal: ¿estamos decididos a procurar que nuestra vida sirva de modelo y de enseñanza a nuestros hermanos, a nuestros iguales, los hombres? ¿Estamos decididos a ser otros Cristos? No basta decirlo con la boca. Tú —lo pregunto a cada uno de vosotros y me lo pregunto a mí mismo—, tú, que por ser cristiano estás llamado a ser otro Cristo, ¿mereces que se repita de ti que has venido, *facere et docere*, a ha-

70. *Surco*, n. 45. Cito por la 15ª edic. castellana (Ed. Rialp, Madrid 1996).

71. *Es Cristo que pasa*, n. 79.

72. *Col 3*, 14.

73. *Mt 22*, 37.

74. *Amigos de Dios*, n. 6.

cer las cosas como un hijo de Dios, atento a la voluntad de su Padre, para que de esta manera puedas empujar a todas las almas a participar de las cosas buenas, nobles, divinas y humanas de la redención? ¿Estás viviendo la vida de Cristo, en tu vida ordinaria en medio del mundo?»<sup>75</sup>. Y, como en el caso anterior, muestra también los motivos teológicos para la identificación con Jesús: «En la tragedia de la Pasión se consuma nuestra propia vida y la entera historia humana. La Semana Santa no puede reducirse a un mero recuerdo, ya que es la consideración del misterio de Jesucristo, que se prolonga en nuestras almas; el cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, *para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo*<sup>76</sup>, para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre»<sup>77</sup>.

En otra homilía vuelve a la misma convicción, con semejantes razones teológicas: «En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!»<sup>78</sup>.

Hay, pues, en su enseñanza, una vivencia encendida del alcance teológico y ascético del sacerdocio común de los fieles, que les ha sido conferido por el sacramento del Bautismo: «Abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa

75. *Ibid.*, n. 21. Es un párrafo de la homilía *El triunfo de Cristo en la humildad*, predicada el 24-XII-1963.

76. *1 P 2*, 5.

77. *Es Cristo que pasa*, n. 96. Es un pasaje de la homilía *La muerte de Cristo, vida del cristiano*.

78. *Ibid.*, n. 104. Es de la homilía *Cristo presente en los cristianos*. Nuevas razones teológico-ascéticas apunta más adelante en la misma homilía: «Es ese amor de Cristo el que cada uno de nosotros debe esforzarse por realizar, en la propia vida. Pero para ser *ipse Christus* hay que *mirarse en Él*. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz» (*Es Cristo que pasa*, n. 107).

grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención»<sup>79</sup>.

La lectura de San Pablo —a la que ya aludimos antes— debió de darle luz para su propósito permanente de hacerse otro Cristo, el mismo Cristo: «Todos hemos de ser “ipse Christus” —el mismo Cristo. Así nos lo manda San Pablo en nombre de Dios: “induimini Dominum Iesum Christum” (Rm 13, 14) —revestíos de Jesucristo. —Cada uno de nosotros —¡tú!— tiene que ver cómo se pone ese vestido del que nos habla el Apóstol; cada uno, personalmente, debe dialogar sin interrupción con el Señor»<sup>80</sup>. Y, en otra ocasión, se remite a la Carta a los Gálatas para reforzar su concepción de la unión con Jesucristo: «Los Reyes Magos fueron las primicias de los gentiles; pero, consumada la Redención, *ya no hay judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra* —no existe discriminación de ningún tipo—, *porque todos sois uno en Cristo Jesús* (3, 28)»<sup>81</sup>.

Pero no deseo hacer una encuesta prolija por los textos del Fundador del Opus Dei a este respecto, pues son muchos<sup>82</sup>, y además nuestro propósito era sólo ilustrar el fondo «cristológico» de la identificación con Cristo en orden a penetrar en el lema «ocultarme y desaparecer».

«VERE TU ES DEUS ABSCONDITUS» (Is 45, 15)

El *Catecismo de la Iglesia Católica* termina el art. sobre la Revelación de Dios con tres números sobre Cristo como «Mediador y ple-

79. *Ibid.*, n. 183. Es de la homilía en la solemnidad de *Cristo Rey*. En otra homilía, en la Solemnidad de la *Ascensión del Señor* del año 1966, exclamaba: «Cada uno de nosotros ha de ser *ipse Christus*. Él es el único mediador entre Dios y los hombres (1 *Tm* 2, 5); y nosotros nos unimos a Él para ofrecer, con Él, todas las cosas al Padre. Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura (*Mt* 13, 33) que ha de informar la masa entera (cfr. 1 *Co* 5, 6)» (*Es Cristo que pasa*, n. 120). Cfr. *passim* A. ARANDA, «El bullir de la sangre de Cristo». *Estudios sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá* (Ed. Rialp, Madrid 2000).

80. *Forja*, n. 74.

81. *Es Cristo que pasa*, n. 38.

82. Pueden verse también los que se reportan en: *Es Cristo que pasa*, nn. 11; 115; 121; 150; 185. *Camino*, n. 687. *Forja*, nn. 25; 450. *Amigos de Dios*, n. 6. *Surco*, nn. 166; 200.

nitudo de la Revelación» y se extiende a considerar que Jesucristo, «el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta»<sup>83</sup>. La Iglesia ha mantenido siempre como divina revelación sobrenatural los libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, pues es el mismo y único Dios el que habla a través de los autores de esos escritos. Pero, como exponía San Juan de la Cruz, la máxima Palabra de Dios es Jesucristo, el Hijo, Palabra Encarnada, la más perfecta expresión divina en forma y lenguaje humanos. No nos puede extrañar que Jesucristo, como hombre, manifieste de modo egregio el pensamiento, el querer, el «corazón» de Dios... Existe una misteriosa relación entre los sentimientos humanos de Jesucristo y los «sentimientos» de Dios, hablando en lenguaje terrenal, que es el único del que disponemos.

Si esto es así, la humildad de Cristo hombre deberá de ser un trasunto de la «humildad» de Dios. No es éste el momento de extendernos en este profundo y delicado tema. Sólo deseo traer a consideración el hecho de que Dios Todopoderoso «se oculta» tras las impresionantes obras de la creación. El libro de la *Sabiduría* ya expresó de modo sublime cómo Dios se revela de modo natural en las obras creadas, al mismo tiempo que no hace alarde de su omnipotencia, sino que la manifiesta de modo discreto a todo el que quiera leer, por medio de la razón<sup>84</sup> en el libro de la creación<sup>85</sup>.

Pero Dios —si así nos es permitido hablar— actúa con una condescendencia —syntatábasis—, «humildad» que es incomprensible para nosotros. De ese modo obra en la creación y de la misma manera en la Encarnación del Verbo y en la vida terrena del Hijo de Dios. Y Nuestro Señor Jesucristo vive una humildad inenarrable en la Santísima Eucaristía<sup>86</sup>. La humildad con que vivió Jesucristo en la tierra es coherente con la «humildad» divina.

83. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 65. Siguiendo la pauta de *Hb* 1, 1-2 y de la Const. *Dei Verbum* del Conc. Vaticano II —que se remiten también a San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, 2, 22, 3-5—, el Catecismo establece la continuidad de la Revelación divina en ambos Testamentos, siendo su plenitud la Palabra Encarnada.

84. «*Analogôs*», «por analogía», dice literalmente el texto original sagrado.

85. «Pues por la grandeza y hermosura de las criaturas / se puede contemplar, por analogía, al que las engendró» (*Sb* 13, 5).

86. «Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... —Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz. —Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! (“Nuestra Misa, Jesús...»)» (*Camino*, n. 533).

Tal vez por eso pudiera exclamar el profeta Isaías: *Vere tu es Deus absconditus*<sup>87</sup>. Esta frase se nos presenta como una reflexión profética, llena de admiración, sobre el ser de Dios, insondable, misterioso para la inteligencia humana. Tiene aplicaciones universales, filosóficas y teológicas de enorme hondura, que aquí, obviamente, no nos toca desarrollar. Desde luego, el texto de Isaías está bien enmarcado en las circunstancias históricas (*Sitz im Leben*) en que primeramente fue pronunciado el oráculo isaiano, que anuncia la elección de Ciro como instrumento para realizar los designios divinos de salvar al pueblo elegido, cautivo en Babilonia. Todo el pasaje de Isaías 44, 24-45, 25 está inmerso en el horizonte universalista que rompe antiguos esquemas de nacionalismo excluyente. Es un discurso poético, portador de un mensaje de ánimo a los exiliados<sup>88</sup>.

En *Is* 45, 8 el texto hebreo emplea tres sustantivos abstractos: *sédeq*, *yesá* y *sedaqá*. El primero y el tercero son sinónimos: «justicia». El segundo es «salvación». Así los ha traducido la *Neovulgata*. La *Vulgata*, sin embargo, los vertió por nombres concretos: «justo, salvador», viendo en ellos una referencia más directa al Mesías, y dando así un texto que ha sido recogido por la liturgia latina: *Rorate coeli desuper, et nubes pluant iustum; aperiatur terra et germinet Salvatorem, et iustitia oriatur simul*<sup>89</sup>. Aunque el Señor (*Yhwh*) sea «el Dios escondido», sólo Él puede salvar. Por eso, todos los pueblos reconocerán su soberanía universal e irán a adorarlo en Sión. Aunque se emplea al principio un lenguaje con resonancias guerreras<sup>90</sup>, en realidad se trata de una liberación de la idolatría hasta dejarse cautivar por la verdad del Dios escondido, pero el único Dios y Salvador verdadero.

87. *Is* 45, 15.

88. Sorprende que se otorgue a Ciro el título de «ungido», reservado a los reyes de Judá, pues se trata de un extranjero que no conocía al Dios del pueblo elegido. Por si fuera poco, se dice que la misión y los éxitos del conquistador persa son debidos a una especial providencia de Dios, que lo ha designado para liberar a Israel de la opresión de los otros pueblos (*Is* 45, 1-5). Este mensaje debió de suscitar estupor en los oyentes. A la vuelta de los siglos, no deja de reclamar nuestra atención sobre los designios de Dios, que a veces se vale de situaciones históricas que pueden parecernos paradójicas.

89. Las palabras de *Is* 45, 9-17 constituían una corrección para los que no querían aceptar que el Señor pudiera realizar sus planes de salvación por medio de un extraño. Desde esta circunstancia histórica puede entenderse mejor el sentido del pasaje. El texto profético les demuestra el error que cometen al rechazar los designios de Dios todopoderoso. La comparación del alfarero y la arcilla (cfr. *Is* 45, 9) sería evocada por San Pablo en *Rm* 9, 20-21, que de ese modo actualiza el texto profético.

90. Habla de apoderarse de mercancías valiosas y vencer a hombres fuertes para llevárselos prisioneros.

Me atrevería a decir que en San Josemaría Escrivá encontramos sentimientos semejantes a los que se expresan en el texto profético, porque los aprendió en la meditación de ambos Testamentos: «Recordad las consideraciones de San Pablo que hemos leído en la Epístola: *¡oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios y cuán inapelables sus caminos! Porque, ¿quién ha conocido los designios del Señor? o ¿quién fue su consejero? (...)*<sup>91</sup>. A la luz de las palabras de Dios, ¡qué pequeños resultan los designios humanos cuando intentan alterar lo que Nuestro Señor ha establecido!»<sup>92</sup>.

En efecto, en *Camino* n. 613 tenemos una cita resumida de *Is* 40, 14: «Para que seas humilde, tú, tan vacío y tan pagado de ti mismo, te basta considerar aquellas palabras de Isaías: eres “gota de agua o de rocío que cae en la tierra, y apenas se echa de ver”». San Josemaría hace una traducción libre, probablemente del texto de la Vulgata latina<sup>93</sup>.

Exclamaciones parecidas a las de *Is* 45, 15 se leen en *Sal* 89 (88), 47: «¿Hasta cuándo, Señor, continuarás escondido?», que el Fundador de la Obra leía con devoción, meditaba en la recitación del Breviario Romano<sup>94</sup>. Relacionadas con éstas encontramos ideas en pasajes muy diversos de la Escritura: desde *Sal* 31 (30), 21<sup>95</sup> hasta *Mt* 6, 1-6: «Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres con el fin de que os vean; de otro modo no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos...»<sup>96</sup>.

A modo de recapitulación de cuanto hemos dicho, me parece una apreciación evidente que la constante meditación de los pasajes de la Sagrada Escritura enseñó a San Josemaría Escrivá a «meterse en

91. Cfr. *Rm* 11, 33-36; cfr. también *Sal* 139 (138), 6.17-18; *Jb* 15, 8; *Is* 40, 13.28; *I Co* 2, 11.16; 8, 6; *Col* 1, 16-17.

92. *El fin sobrenatural de la Iglesia*, homilía publicada en *Amar a la Iglesia*, op. cit., pp. 57s.

93. El texto hebreo de *Is* 40, 14 dice: «Las naciones son como gota que escurre de un barreño, / pesan como las motas de polvo en los platillos de la balanza; / como un granito de polvo pesan las islas».

94. El texto de la Vulgata, incluido en el Breviario Romano que leía San Josemaría era: «Usquequo, Domine, avertis in finem?».

95. «En lo secreto de tu presencia los ocultas / de las intrigas humanas, / en tu tienda los escondes / de las lenguas pendencieras». Cfr. *Jr* 13, 17.

96. El texto de *Mt* 6, 1-6 es, todo él, de especial importancia para nuestro propósito.

Dios», a adoptar el lema constante de «ocultarme y desaparecer», pero sin abandonar en absoluto la solicitud por los hombres, sino todo lo contrario. La identificación con Jesucristo le condujo como de la mano a «amar al mundo apasionadamente», según titula una de sus más importantes homilías y que recoge y explica algunos rasgos fundamentales del espíritu del Opus Dei<sup>97</sup>.

97. Esta homilía fue pronunciada en el *campus* de la Universidad de Navarra el 8-X-1967; pero toda la vida y la enseñanza de San Josemaría Escrivá se mueve en esa línea, sin separarse de ella. Habría que citar el conjunto de sus escritos para ilustrar ese mensaje espiritual. Quizá baste, como una muestra entre miles, el siguiente párrafo de otra homilía relevante, *Hacia la santidad*: «Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio (...). Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto» (*Amigos de Dios*, n. 296).